



GONZÁLEZ NIETO, Diego, *Alfonso de Fonseca y Ulloa: la casa de un arzobispo de Sevilla en el siglo XV*, Madrid, Dykinson, 2023, 340 pp. ISBN: 978-84-1170-823-4

Jaime Elipe

Universidad Autónoma de Madrid (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7863-1804>

jaime.elipe@uam.es

Con estrecha vinculación a los estudios de la Corte, las investigaciones sobre las casas reales han gozado de gran éxito en los últimos años. En menor medida han ido apareciendo publicaciones sobre los grandes linajes aristocráticos y, ya más tímidamente, sobre las casas episcopales. Esto puede decirse sin circunscribirse a un período concreto; por supuesto que los trabajos sobre la Iglesia hispana han avanzado mucho en estos decenios, pero todavía queda mucho por hacer.

En el caso que nos ocupa, el libro a reseñar se encuentra entre los primeros sobre el tema del ámbito bajomedieval describiendo y analizando la casa del arzobispo de Sevilla Alfonso de Fonseca (m. 1473). Como el doctor González Nieto señala en sus primeras páginas, que no exista documentación seriada –o no tanta como quisieran los investigadores– no implica que no deba intentarse la tarea. Para ello, el autor ha empleado una serie de fuentes heterogéneas de similar fortuna: el testamento del prelado (un tanto impreciso y foto fija compleja de interpretar en ocasiones), documentación de las mitras que ocupó (sin éxito que recompensase el esfuerzo) y los pleitos *postmortem*, auténtico filón de información. Este litigio no parece haber sido sencillo de manejar, ya que se extendió entre 1483 y 1495. Fue producto del que sostuvo el II señor de Coca –heredero y sobrino del arzobispo Fonseca– con sus parientes insatisfechos con las disposiciones últimas del difunto. Tantos años conllevan una cantidad proporcional de folios, en torno a los 2.000. Por último, al ser un personaje de tanta importancia, sus ámbitos de actuación fueron amplísimos (episcopal, señorial y cortesano), lo cual facilita que se haya podido extraer también datos de Simancas. Puede observarse, partiendo de estos breves planteamientos, que estamos ante un trabajo complejo y laborioso en la reconstrucción de la casa episcopal.

Trabajo complejo pero muy bien resuelto, casi con sencillez si nos ceñimos únicamente a su lectura, pero con un aparato crítico muy exhaustivo que avanza y retrocede siglos sin problemas para ofrecer una visión lo más ponderada y amplia del caso. Pasemos a desglosar de forma más pormenorizada el libro. Tras el prólogo del académico Nieto Soria, sigue el conjunto de la obra dividida en diez capítulos sin contar la bibliografía final.

Arranca la obra con la necesaria introducción en la que se hace un estado de la cuestión en profundidad y tras sentar las bases de cómo se ha elaborado el estudio, el siguiente capítulo ya entra propiamente en la materia. Es un acierto que González Nieto haya decidido comenzar con una breve semblanza del arzobispo hispalense Alfonso de Fonseca y Ulloa (1418-1473) y de sus orígenes familiares, lo que permite más adelante tener una idea general del personaje y su época. De orígenes portugueses, asentados en Castilla tras la derrota de Aljubarrota, la reina Beatriz se mostró generosa tomando bajo su protección a Pedro de Fonseca, quien sería obispo de Sigüenza y cardenal a comienzos del siglo XV. Este eclesiástico era el tío del protagonista del libro y pieza clave en los primeros pasos de Alfonso de Fonseca. Así, de niño ya pudo disfrutar algunos beneficios eclesiásticos, se doctoró más adelante pero la corte fue su trampolín: en 1442 era capellán mayor del príncipe Enrique, lo que sería determinante en su ascenso social. Gracias a esto consiguió

los señoríos de Coca y Alaejos, culminado con el arzobispado sevillano en 1452, si bien es cierto que intentó adquirir nuevas poblaciones, pero la inestabilidad política no le fue propicia para engrandecer su linaje.

El tercer capítulo trata sobre la hacienda episcopal y el lugar que ocupaba la casa dentro de los gastos soportables con las rentas arzobispales. Aquí nos encontramos con algo que quizás resulte curioso al lector, como es el hecho de tratar primero la infraestructura antes que la propia estructura gubernativa. Desde luego, no son elementos para nada estancos y la elección a la hora de hacerlo siempre es problemática; en ocasiones aparece algún elemento repetido a lo largo de las páginas. En esta tarea, el autor señala que el problema principal para abordar este tema es la falta de una documentación seriada que permita seguir la evolución de ingresos y gastos. La reconstrucción de las finanzas episcopales se realiza gracias a los distintos testimonios de los que fueron sus criados. El grueso principal del numerario provenía de las rentas de la mitra hispalense, seguido de lejos por sus señoríos, a lo que había que incluir distintos juros de la corona y cargos burocráticos variados; así como donativos puntuales del rey Enrique IV. Unas rentas elevadas no significa que su economía estuviera desahogada, ya que tuvo un fortísimo gasto en la imagen magnificente que trató de mostrar, quizás influido por sus modestos orígenes. El autor aventura que en torno a unas 100 personas fijas sería una cifra bastante probable, aunque se mantiene cauto por las carencias documentales. Más o menos un 70% de sus ingresos se consumirían en pagar a su séquito, en torno a 4,5 o 5 millones de maravedíes; por supuesto había también importantes gastos en objetos suntuosos y en pagar las soldadas de su gente de guerra.

De cualquier manera, los ingresos y gastos dan pie a continuar con el cuarto capítulo, dedicado a la "casa" en su sentido más literal, es decir, los edificios que Fonseca y su gente ocuparon. Debido a sus ocupaciones cortesanas, no residió en los palacios episcopales pero sí lo hizo en su residencia de Coca, lugar donde más tiempo pasó; allí construyó un suntuoso edificio considerado como un palacio por sus coetáneos. Una amplia plantilla, unas edificaciones soberbias y ricamente decoradas se encuadran, según el autor, en la misma política de transmitir una imagen de poder. Más allá de tapices y plata, es muy interesante la información que González Nieto entresaca de los testimonios por la que se puede saber dónde residían sus criados. Algunos necesariamente en el palacio junto con su señor, pero otros en casas alquiladas en las cercanías (cuando no se seguía a la corte, lo que generaba distintos problemas).

El quinto capítulo ocupa una posición central y es el más extenso de todos, ya que trata la cuestión capital del libro: quiénes fueron las personas que rodearon al arzobispo Fonseca durante su vida. En estas páginas pasan delante del lector un buen número de personajes, desde mayordomos, médicos y cantores a esclavos o parientes del prelado; algunos posteriormente muy famosos, como Nebrija –quizás también Hernando del Pulgar–. Es destacable que el arzobispo contó con algunos cargos principales «duplicados», esto es, varias personas ostentando el mismo empleo. Muy interesantes también son los sabrosos comentarios de la vida cotidiana en la cámara de Fonseca, lugar más privado, que ofrecieron tras su muerte en los distintos pleitos sus criados. Hace un repaso exhaustivo de los distintos cargos, prestando también especial atención a los miembros de su parentela que estaban a su servicio o se criaban a sus expensas –verbigracia, el futuro obispo Juan Rodríguez Fonseca–.

El siguiente apartado explora las retribuciones que percibieron esta colmena de hombres (en su práctica totalidad fueron varones) para dar lugar a dos cuestiones muy interesantes en los capítulos séptimo y octavo. Estas son los orígenes de los miembros de la casa y la pregunta, fácil de plantear —¿de dónde provenían los distintos servidores?—, es compleja de responder por la documentación. Señala González Nieto que en pocas ocasiones se plantea esto, ya que aparte del salario y sustento, el capital relacional tenía que ser uno de los principales atractivos para ingresar al servicio de un prelado. Al fin y al cabo, hay que tener en cuenta los atrasos en las pagas, de los que la casa de Fonseca tampoco estuvo exenta. Por ello mismo, el arzobispo de Sevilla buscó canales alternativos, como pequeños pagos del dinero del rey o promociones eclesiásticas; también el ascenso dentro de la propia casa. Por lo general, parece que muchos eran de su solar de origen (Toro) y de los señoríos de su propiedad, si bien los problemas metodológicos para conocerlo son expuestos de forma totalmente meridiana por el autor.

Muy sugestivo es precisamente este último capítulo (el octavo), en el que se centra la atención en rastrear la circulación de criados con otras casas, tarea francamente difícil. Un caso palmario fue el de su secretario Fernando de Arce, quien en 1465 sirvió a Juan Pacheco, pero también a los Mendoza, al infante Alfonso y a Enrique IV. También se fija la atención en este capítulo en intentar rastrear la influencia de Alfonso de Fonseca en la curia arzobispal, que parece haber sido mínima. Finalmente, se concluye este apartado viendo qué sucedió con la casa del prelado a su muerte. Evidentemente, esta no podía ser sostenida por su

sobrino y heredero en igualdad de condiciones, por lo que se prescindió de una buena parte de sus componentes.

Finaliza la obra con unas conclusiones y un apéndice de todos los miembros de la casa arzobispal de los que se tiene noticia –232 en casi 70 páginas– con una pequeña reseña de su vida, que es un apoyo a la lectura en caso de tener curiosidad por algún personaje. También hay que señalar la importancia de este apéndice, precisamente para quienes deseen proseguir el camino de ver la circulación de estos servidores, ya que estos catálogos son muy útiles pero pocas veces se llevan a cabo por ser tarea farragosa y pesada. Motivo por el que hay que agradecer al doctor González Nieto su esfuerzo por incluirlo.

En definitiva, estamos ante una obra que destaca, no sólo por el tema escogido, sino por el trabajo meticuloso y laborioso que hay detrás. Por un lado, la base bibliográfica desde el que se acomete el estudio es francamente exhaustiva; por otro lado, la reconstrucción de la casa arzobispal impresiona por la cantidad de datos que da, pero también, por las preguntas que su autor plantea e intenta responder. Esto último me parece muy destacable, en mi humilde opinión: la prudencia que guía todo el libro con paso firme, señalando con honestidad las propias debilidades metodológicas o documentales. Escasas, por otra parte, en un libro sólidamente edificado.